

REGATAS DE TRAINERAS

(VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR).

Se ha dicho que una trainera de hoy pesa aproximadamente 200 kilos. Va tripulada por trece remeros y patrón, teniendo un delicado trabajo, por marcar el ritmo e intervenir eficientemente en el viraje, el popel, al lado del patrón, y el proel, sobre todo este último. Famoso proel ha sido Ingacio Sarasua, de la "cuadrilla" de Orio, que estuvo a punto de conseguir el campeonato del mundo de esquife en la Olimpiada de 1936.

* * *

Cuando en 1943 se dió estado oficial a las regatas de traineras—ya antes, como hemos dicho, tenían su sabor popular y sus reglamentos especiales—, la Federación Española de Remo, adherida al Consejo Nacional de Deportes, se propuso montar los primeros campeonatos nacionales, cuya primera edición cristalizó al año siguiente; pero el interés de los mismos había nacido con el duelo Orio-Pedreña.

Efectivamente, Orio ganaba una bandera en San Sebastián, computados los tiempos de las dos regatas—en la Concha se celebran dos pruebas en dos domingos sucesivos—, y los cronistas deportivos titulaban sus informaciones con "Orio, campeón". Pero resulta que en el mismo mes, Pedreña, en Santander, realizaba una marca bastante más baja—el récord de las tres millas hemos dicho que lo ostenta Pasajes de San Juan con 19 minutos y 17 segundos en 1923—, y los colegas montañeses tomaban a broma las afirmaciones de los periodistas guipuzcoanos. Claro que Orio había realizado la regata en mar abierto, mientras que Pedreña lo hacía en la bahía. Y esto fué lo que dió origen, primero, a una regata del Cantábrico para la supremacía del mismo, que ganó Orio, y después, en 1944, al primer Campeonato de España, oficialmente controlado por la Federación. Se corrió en septiembre, en la ría de Bilbao, una tarde lluviosa. Venció Pedreña, clasificándose a 3 segundos; después, Orio.

En 1945 se celebró el II Campeonato en San Sebastián. Mes de septiembre y mañana lluviosa, con mar dura. Le tuvieron miedo al Cantábrico Pedreña y Sestao, que juntamente con San Sebastián y Fuenterrabía habían de disputar la regata. Los delegados de Pedreña y Sestao alegaron "que el mar no estaba en condiciones y que podían naufragar las traineras", y se retiraron. El Jurado dió la salida a las dos embarcaciones guipuzcoanas, que lucharon contra viento y marea. Fué una regata de patrones, hundiéndose las traineras en el mar para salir impulsadas a flote por las olas. Yo seguí embarcado aquella regata, en la que se marearon todos, incluso el fotógrafo, que había cruzado seis veces el Atlántico... Ganó San Sebastián, con un tiempo que da idea de cómo estaba el Cantábrico: 25 minutos, 55 segundos, 3/5. (Compárese este tiempo con el obtenido por Pasajes de San Juan, ya mencionado.)

El III Campeonato de España se celebró en aguas libres del Sardinero (Santander). Participaron Coruña (modérrima tripulación que se señalaba como víctima propiciatoria), Sestao, Orio y Pedreña. Esta última era favorita, y en las apuestas se daba 100 a 50 a que Pedreña les sacaba un minuto a los gallegos, y 100 a 65 a que Pedreña llegaba antes que Orio. Equivocación rotunda, porque ni Pedreña estuvo delante de Orio, ni tampoco le sacó el citado tiempo a La Coruña, que ciertamente fué última, pero con honra, ya que regatearon con una trainera que pesaba 100 kilos más que las otras, y en la que se daba la nota pintoresca de que los toletes eran de hierro.

Venció Orio (Guipúzcoa) por la sabia dirección de su patrón, el veterano Domingo Michelena. En segundo lugar se clasificó Pedreña, a siete segundos del primero; tercero, Sestao, y cuarto, La Coruña. Este campeonato, en mar libre, fué a una sola ciaboga, igual que el de San Sebastián, y no a tres, como el primero disputado en Bilbao.

Y en 1947, esta vez en el abra vizcaína y no en la ría, tuvo lugar la cuarta competición. Pedreña, Sestao, La Coruña y Peñacastillo se clasificaron por este orden, después de las cinco millas y las tres ciabogas. Fué éste el gran año de Pedreña, ganando todas las regatas—excepto las de San Sebastián, en las que, por una determinación absurda, no se le dejó participar—en que tomó parte.

Resumiendo los cuatro campeonatos, se comprobará que:

- 1.º Pedreña, especialista en ciabogas, es superior a los guipuzcoanos en bahía, en mar quieta.
- 2.º Que la supremacía en mar abierta ha quedado demostrada por las victorias de Orio y San Sebastián.
- 3.º Que Sestao (Vizcaya) ha tenido gran regularidad en los tres últimos campeonatos.
- 4.º Que La Coruña, un puerto nuevo en estas competiciones oficiales, va a más. Hay nervio y bravura en sus hombres, pero existe una gran desorientación técnica.

* * *

Guipúzcoa quizá sea el país en que más se apuesta. Por quitarme o no esta paja se cruza la traviesa más peregrina: desde una cena, un chiquito, hasta 50 duros. Conviene recordar que Guipúzcoa es el país del frontón.

Pero no sólo se juega el dinero por Atano III o Jesús Abrego. También, y quizá en mayores proporciones, por el forzado Echániz o los "arrantzales" de Orio. Los "arrantzales" son los remeros de Pasajes, San Sebastián, Guetaria, Zaráuz, Fuenterrabía... o cualquiera de los pueblecillos costeros. La noche precedente a las regatas de la Concha no hay quien duerma en la parte vieja. Es un gran espectáculo. En las esquinas, en el portalón del muelle, se oyen los pregones: "Sien a cincuenta a favor de Orio"; "Fuenterrabía sinco a que si a Pedreña"; "Donosty segundo a que sí"; "Dies segundos el primero a que no..." Y toda una serie de enunciados a cada cual más complicado...

Después, a la madrugada, San Sebastián se duerme. Se duerme en la Concha, mientras poco a poco surge la eclosión cándida de la mañana. Entonces empiezan a afluir los "caseros", las gentes de la provincia con sus mochilas bien repletas y sus botas de vino atosigadas de tinto de la Rioja; los autobuses del Baztán, del Duranguesado, de Navarra..., de Vizcaya, de Alava, y los veraneantes... Y así, lentamente, el monte Urgull y el Igueldo, la isla de Santa Clara, la barandilla de la Concha se cansan de aguantar a doscientos mil espectadores. ¡Ah!, y los vapores, que tienen envidia de no poder competir con las traineras.

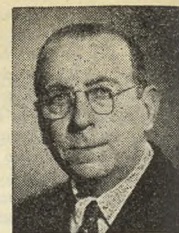
Habrán espectáculos deportivos maravillosos; regatas de traineras como las de la Concha, ninguna.

Y al mediodía, después que el mástil del Náutico haya anunciado con los colores de las respectivas tripulaciones la clasificación de la prueba, desfilarán hacia el Ayuntamiento los miles de aficionados que todavía quieren ver ondear la bandera del ganador, distinción máxima del que consigue vencer en las dos regatas.

Otros miles desfilarán por lo angosto de lo viejo para matar "sus penas". Que en las regatas de la Concha se juegan millones de pesetas, caseríos, vacas, bueyes, carneros... Hay pueblos que se arruinaron un año. Al siguiente recuperaron lo perdido o perdieron más, según las vicisitudes de sus favoritos. Pero se juega, se juega, y la vida sigue igual, completamente normal, como si no hubiera pasado nada, y siempre esperando, anhelantes la próxima regata, de la que se habla durante el año y sólo se celebra en dos días.

PORRIÑO

DEL VIAJE DE FLEMING A ESPAÑA



EL viaje del profesor Fleming a España se debió fundamentalmente a la invitación que, a mediados del año 1947, le fué hecha por el Hospital Municipal de Enfermedades Infecciosas, de Barcelona, con objeto de pronunciar un ciclo de conferencias sobre temas de Bacteriología en la expresada capital. Es éste un importante detalle que probablemente ignorarán algunos lectores, para los que el desplazamiento de tan ilustre investigador no fué más que una preconcebida jira turística de singular significación.

Nada de esto. El desplazamiento de Sir Alexander Fleming a España se inspiró en una finalidad estrictamente científica y dentro de las normas propias de una invitación de carácter particular. Es muy interesante consignar este hecho, porque otorga un extraordinario valor a las espontáneas pruebas de afecto y admiración, en ocasiones verdaderamente impresionantes, con que el pueblo español significó su entusiasta homenaje a uno de los hombres que de un modo más efectivo ha laborado por el bienestar de la Humanidad en lo que va de siglo.

La invitación que, como director del Hospital de Enfermedades Infecciosas, de Barcelona, hice al profesor Fleming, fué acogida por éste, desde los primeros momentos, con una evidente simpatía.

El Ayuntamiento de Barcelona, siempre sensible a las manifestaciones de alto sentido cultural, declaró inmediatamente huésped de honor de la ciudad condal al gran bacteriólogo británico, a quien colmó de las máximas atenciones y delicadezas oficiales durante los diez días de su permanencia en Barcelona.

En el Hospital Municipal de Infecciosos de dicha capital pronunció tres magníficas lecciones sobre otros tantos temas, en cada uno de los cuales se proyecta un momento culminante de la formidable labor bacteriológica realizada por Fleming en su dilatada vida de investigador.

La primera de dichas conferencias versó sobre "Algunos aspectos de las heridas sépticas", maravilloso estudio sobre el poder terapéutico de diversos antisépticos químicos y sobre su peligrosidad o inutilidad en determinadas circunstancias. Tal estudio se emprendió durante la primera gran guerra europea y fué continuado tesoneramente en años ulteriores, y ha sido pródigo de enseñanzas para la correcta utilización de los antisépticos en las heridas infectadas. La segunda conferencia fué dedicada al "lisoizima", sustancia normalmente contenida en diversos humores orgánicos, tales como las lágrimas, moco nasal y bronquial, saliva, etc., poseedora de un poder bactericida natural contra numerosos gérmenes, y gracias al cual nuestro organismo se defiende con éxito, y por modo espontáneo, contra las incontables infecciones que de ordinario nos acechan. El descubrimiento y la descripción de las propiedades del "lisoizima" corresponden integralmente a Fleming. Finalmente, la tercera y última conferencia versó sobre la utilización terapéutica de su gran descubrimiento: la penicilina, que tantos millones de vidas ha salvado y continuará salvando. La magnífica y precisa exposición de las efectivas propiedades terapéuticas de la penicilina y de su fructuosa utilización en la práctica, tuvo todas las características de una magistral lección de cátedra plétórica de buen sentido.

En Barcelona inauguró personalmente el Departamento de Investigación que el Ayuntamiento ha construido en el recinto del Hospital de Infecciosos. No es éste el lugar para glosar la magnificencia de este Instituto, dedicado a la investigación, con características tan peculiares que permiten considerarlo como una realización extraordinaria. La solemnidad del acto inaugural se vió prestigiada por el discurso que el profesor Fleming pronunció en esta ocasión. La Real Academia de Medicina de Barcelona le nombró, a título excepcional, Académico de Honor, en una brillante sesión, y la Universidad se vió asimismo honrada con una conferencia sobre "El éxito", de profundo y agudo sentido filosófico.

Tras Barcelona, fué Sevilla la capital española que tuvo señalado empeño en honrar la relevante figura de Sir Alexander Fleming. Esta invitación fué acogida con gran agrado por dicho profesor, que no desconocía, por referencias verbales y literarias, los singulares encantos de la bella capital andaluza. La Real Academia de Medicina de Sevilla organizó un brillantísimo acto, en el que se concedió al profesor Fleming el título de Académico de Honor, con imposición de la áurea medalla de la Corporación. En dicha ceremonia leyó un interesante discurso sobre la "Historia de la penicilina", en el que se señalan las fases por que pasó su trascendental descubrimiento hasta alcanzar su definitiva eficacia terapéutica.

Finalmente, y como remate de su viaje por España, Sir Alexander Fleming dedicó la última etapa a Madrid. El Ayuntamiento de Madrid, como lo hicieran antes los de Barcelona y Sevilla, declaró huésped de honor de la capital al ilustre visitante. De su estancia en Madrid resalta como acto de excepcional importancia y solemnidad la investidura de doctor honoris causa de la Facultad de Ciencias, impresionante ceremonia de imborrable recuerdo para cuantos la presenciaron, y todavía más para su ilustre protagonista. El soberbio discurso-biografía pronunciado por el profesor Bustinza en ocasión de dicha solemnidad; el emotivo parlamento del Magnífico Rector, D. Pío Zabala, y las sentidas y vibrantes palabras del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, al conceder a Mr. Fleming la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, dieron a tan brillantísima ceremonia universitaria una afectuosa cordialidad que desbordó ampliamente los rígidos cauces del protocolo.

Hasta aquí lo que podríamos llamar significado científico del viaje de Fleming a España; pero esta breve exposición sería realmente incompleta si silenciaráramos aquellos otros aspectos de fino sentido humano con que el pueblo español, con noble y generosa espontaneidad, supo adornar dicho viaje hasta impresionar profundamente el espíritu del gran investigador inglés, saturado ya de honores, recepciones y homenajes universales. Las pruebas de afecto y simpatía recibidas del pueblo español fueron algo insólito para Sir Alexander Fleming, y de ello dió fe, no solamente en sus impresiones privadas, sino también, en forma solemne, en el bello brindis pronunciado en la gran cena de gala ofrecida por el Ayuntamiento de Barcelona en su hermoso Salón de las Crónicas, decorado por Sert, y en las sentidísimas palabras de despedida que pronunció tras los micrófonos de Radio Nacional de España, al abandonar Madrid de regreso a Inglaterra.

Fueron constantes y sinceramente afectuosas las manifestaciones de devoto agradecimiento recibidas en las tres capitales de parte de cuantos debieron a la milagrosa penicilina el preciado don de la salud. No es posible entrar en detalles anecdóticos, de los que hemos sido testigos y cuya fuerza emotiva es sólo capaz de crear el pueblo español, sensible como nadie a la bondad, sencillez y generosidad que tan sabiamente se funden en la recia personalidad del profesor Fleming.

Desde un punto de vista turístico, tenemos la convicción de que España ha dejado en el alma del profesor Fleming una profunda huella, que ha sido labrada por los más variados e intensos contrastes: de un lado, el Monasterio de Montserrat, con su impresionante austeridad y severa liturgia benedictina; de otro, la exuberante sensualidad andaluza, plasmada en su ambiente, sus bailes, en sus imágenes, en su incomparable Giralda, y, finalmente, la esplendorosa y suprema manifestación de arte representada por el Museo del Prado, único en el mundo. Y junto a todo esto, el sol, la alegría, el afecto y estima de todo un pueblo, comprensivo como pocos y sensible como ninguno.

Nada refleja mejor la intensidad de las emociones recibidas que las palabras del profesor Fleming, al comentar las bellezas de nuestra Patria: "Me apesadumbra pensar que, de todas estas gratas impresiones que experimento, no será posible conservar en mi recuerdo toda su plenitud, tal como en este momento la siento."

De cómo Sir Alexander Fleming quiere a España, bastan las palabras que extracto de una muy reciente carta, por nosotros recibida, de tan ilustre profesor: "I hope my visit was useful in Spain. I will try to impress on my countrymen your friends feelings" (Espero que mi visita haya sido útil para España. Procuraré infundir en mis compatriotas sus sentimientos amistosos).

58

LA REVISTA DE 23 PAISES

58